

Invocas, lejos de guardarle la veneración profunda que exigen los atributos de la patria, te asociaste al número de los viles que profanan sus sublimes reglas e, indiferente a su supremo imperio, ajeno siempre a la razón, a la verdad y a la justicia, sólo atendiste a tu bien o a tu apetito, pagando a tus conciudadanos la honra que te confirieron con la infamia que les hiciste. La dádiva fué tu estímulo; la venganza tu agrado. Perjuro, faltaste a un solemne juramento y, en vez de dar a cada cual lo suyo, diste al verdugo los bienes de la víctima; cruel, jamás te detuvo la clemencia para templar el rigor de las leyes y aliviar el dolor del miserable; traidor, ofendiste a la patria denigrando la más inefable de sus instituciones con el desprestigio que le irroga la protervia de tu conducta infame. Esto es lo que debes recordar cuando invoques la Constitución de Etérica... y esto es cuanto tengo que decirte como primer magistrado de la Nación, en nombre y en desagravio del pueblo que juzgará tus culpas. Como hombre, sólo me resta compadecerte, pues, cual el loco divino que aconsejó a cuerdos y discretos—aunque tú no lo entiendas...—pienso que no debe maltratarse con palabras a quien debe castigarse con las obras. Ve, pues, a cumplir tu triste suerte..."

Este libro, pues, no sólo está destinado a influir socialmente con benéficos resultados, sino que debe recibirse con franca satisfacción, porque incorpora a nuestra literatura una obra de valor positivo y al lenguaje de Castilla un modelo de léxico preciso, correcto, elegante y, sobre todo, culto.—R.

JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ. — *De la España Vieja*; versos. — Buenos Aires, 1923.

El doctor Juan Millé y Giménez acaba de publicar un pequeño y elegante volumen de poesías juveniles, "exhumándolas del cartapacio en donde duermen envueltas en su blanco sudario de papel", con el título "De la España vieja".

Comienza el libro con una bonita evocación de la plaza de la vieja ciudad, una de las tantas ciudades viejas españolas donde el autor vivió su mocedad y aprendió a conocer y amar la tradición artística de su patria, que constituye actualmente su principal preocupación de estudioso. Seguidamente viene una serie de sonetos, serenamente emotivos y de forma correctísima, dedicados a las catedrales, y a continuación cierran el volumen tres romances fronterizos que no tienen nada que envidiar a los mejores del género, de los escritos por literatos, se comprende.

La forma y el espíritu de "De la España vieja" nos muestran

una juventud apacible de estudioso, fértil en emociones literarias y artísticas, y en la cual se mantiene todavía su autor. No es menester, en resumen, considerar el santo afecto filial que guió al doctor Millé y Giménez a publicar el libro, y que él invoca en sus primeras páginas, para aplaudirlo entusiastamente. — A.

LORENZO DAGNINO PASTORE. — *El Universo, la Tierra y el Hombre*. — Buenos Aires, 1923.

Un libro de texto, por regla general, no anima la imaginación ni despierta curiosidad. Es monótono y desabrido como el puchero diario y como la mujer propia, y, de igual modo que éstos, se ajusta a un programa, llena una necesidad. Carece de sorpresas agradables y del inefable encanto de lo inútil.

De aquí que, siendo estudiantes secundarios, hayamos preferido las novelas de Dumas y Daudet a los múltiples libros de texto que se nos prescribían; que, hombres, dejemos de lado los problemas económicos por los inútiles de la filosofía, y que, maridos, robemos amor a nuestras esposas para entregarlo a mujeres estériles. Si no existieran tantas cosas útiles—diríamos parodiando a lord Beakonsfield—la vida sería casi soportable.

"El Universo, la Tierra y el Hombre"—encarando directamente nuestro asunto—es un libro de texto "para las escuelas normales y colegios nacionales", pero no inspira las despectivas conclusiones anteriores, pues su autor, al componerlo, ha utilizado, además de su reconocido talento didáctico, su buen gusto de novelista amable, su agilidad mental de viejo periodista y, por fin, su visión precisa de matemático.

"El Universo, la Tierra y el Hombre" (alabamos el buen gusto del autor al no titularlo "Tratado" o "Nociones de Cosmogeoantropología", pues esta portada invitaría menos a la lectura) es un compendio de nociones acerca de estas tres entidades, que va descubriendo progresivamente ante el lector el velo misterioso que envuelve a la naturaleza, claro está, en la medida de lo científicamente posible. La unidad que mantiene Dagnino Pastore en la exposición constituye otro de los méritos notables de la obra, pues ayuda a fijar en la mente del alumno secundario un concepto que éste, por culpa de los programas, profesores y textos, no posee lo suficientemente arraigado: el concepto de que la ciencia es una e indivisible, objetivamente.

Como exactamente observa el prologuista, profesor Leopoldo Herrera, el libro "no contempla todos los fenómenos de que el